



JAVIER DIAZ

LUCHADORAS. *Amelia, Pilar, Remedios y Carmen, cuatro vecinas del Vacie ayer en el Polígono Norte.*

Cuatro firmas del Vacie

4 mujeres aprenden a escribir para solicitar un trabajo

DANIEL CELA · SEVILLA

Es posible que Carmen, Remedios, Pilar y Amelia no puedan leer este artículo. En los últimos meses, las cuatro mujeres han salido del Vacie cruzando a pie la SE-30 para asistir a un taller donde han empezado a leer y a escribir sus nombres. Ahora tienen la oportunidad de rellenar una solicitud de empleo.

La autovía SE-30, a la altura del Polígono Norte, se ha convertido en la última frontera de Sevilla. Es la que separa el vecindario del chabolismo, las viviendas de las barracas y la ciudad de la periferia. Saltarse esa frontera de asfalto y cruzar del Vacie al Polígono Norte es tan difícil como atravesar una autopista por la que circulan coches a 100 kilómetros por hora. Pero es ése el camino que han elegido esas cuatro mujeres, ayudadas por la asociación Aesim, que trabaja en la inserción sociolaboral Surge Polígono Norte.

“He aprendido a poner mi firma en un papel. Ya no necesito un garabato”, contaba ayer Carmen. “He aprendido las cuentas para el supermercado, ya no pregunto cuánto dinero tengo en la mano”. Las cuatro mujeres pertenecen a un mundo de carencias. Tiene sentido que no sean capaces de explicar con palabras cómo es el lugar donde viven, también le costaría a una persona con estudios. “Es un barrio en el que las ratas pasan por debajo, las cucarachas saltan de los trapos de cocina y cogemos el agua de las cañerías del cementerio”, dice Carmen. En el Vacie, hacen reenganches de luz para iluminar el asentamiento chabolista más grande de España.

SIN AGUA. Remedios, Carmen, Pilar y Amelia se pusieron ayer delante de las monitoras del taller prelaboral sobre cuidados infantiles. “Yo he aprendido a es-

cribir mi nombre”, fueron repitiendo. Por asistir a los cursos recibirán una beca de entre 150 y 300 euros. Es cierto que en el Vacie, en verano, les cortan el agua, y que muchos van al supermercado en babuchas, pero a pocas les falta un móvil de última generación.

Las monitoras del proyecto Incorporate dicen que la lección más difícil es hacerles entender cuál es el valor del dinero. “En el Vacie han aprendido que se tiene o no se tiene dinero. Y si se tiene se gasta. Las necesidades básicas siguen faltando y no relacionan el dinero con ellas”, explican. “Estos cursos son un gancho. Se trata de una excusa para que salgan del Vacie y escuchen, vean y aprendan otras realidades”, cuenta Anabel Illán, trabajadora social. Al final del acto, les entregan una caja con jabón, champú, aceites de baño, bastoncillos para el oído y nuevas palabras de esperanza.